CUENTO DEL DIA

VENGANZA MORUNA

Casi todos los que ocupaban aquel vagón de tercera conocían a Marieta, una buena moza, vestida de luto, que con un niño de pechos en el regazo estaba junto a una ventanilla, rehuyendo las miradas y la conversación de sus vecinas.

Las viejas labradoras la miraban, unas con curiosidad y otras con odio, a través de las asas de sus enormes cestas y de los fardos que descansaban sobre sus rodillas, con todas las compras hechas en Valencia. Los hombres, masculló la tagarnina, lanzábanla ojeadas de ardoroso deseo.

En todos los extremos del vagón hablábase de ella, relatando su historia.

Era la primera vez que Marieta se atrevía a salir de casa después de la muerte de su marido. Tres meses habían pasado desde entonces. Sin duda, sentía miedo a Teulaí, el hermano menor de su marido, un sujeto que a los veinticinco años era el terror del distrito; un amante loco de la escopeta y la valentía que, naciendo rico, había abandonado sus campos para vivir unas veces en los pueblos, por la tolerancia de los alcaldes, y otras en la montaña, cuando se atrevían a acusarle los que le querían mal.

Marieta parecía satisfecha y tranquila. ¡Oh, la mala piel! Con un alma tan negra, y miradla: qué guapetona, qué majestuosa, parecía una reina.

Los que nunca la habían visto se extasiaban ante su hermosura. Era como las vírgenes patronas de los pueblos: la tez, con pálida transparencia de cera, bañada a veces por un oleaje de rosa; los ojos, negros, rasgados, de largas pestañas; el cuello, soberbio, con dos líneas horizontales que marcaban la tersura de la blanca carnosidad; alta, majestuosa, con firmes redondeces, que al menor movimiento ponían se de relieve bajo el negro vestido.

Sí, era muy guapa. Así se comprendía la locura de su pobre marido.

En vano se había opuesto al matrimonio la familia de Pepet. Casarse con una pobre siendo él rico; resultaba un absurdo; y aun lo parecía más al saberse que la novia era hija de una bruja, y por tanto, heredera de todas sus malas artes.

Pero él, firme que firme. La madre de Pepet murió del disgusto; según decían las vecinas, prefirió irse del mundo antes que ver en su casa a la hija de la Bruixa; y Teulaí, con ser un perdido que no respetase gran cosa el honor de la familia, casi riñó con su hermano. No podía resignarse a tener por cuñada una buena moza que, según afirmaban en la taberna testigos presenciales (y allí la reunión era de lo más respetable), preparaba malas bebidas, ayudaba a su madre a sacar las mantecas a los niños vagabundos para confeccionar misteriosos ungüentos, y la untaba los sábados a media noche, antes de salir volando por la chimenea.

Pepet, que se reía de todo, acabó casándose con Marieta, y con esto fueron de la hija de la bruja sus viñas, sus algarrobos, la gran casa de la calle Mayor y las onzas que su madre guardaba en los arcones del estudi.

Estaba loco. Aquel par de lobas le habían dado alguna mala bebida, tal vez polvos seguidores que, según afirmaban las vecinas más experimentadas, ligan para siempre con una fuerza infernal.

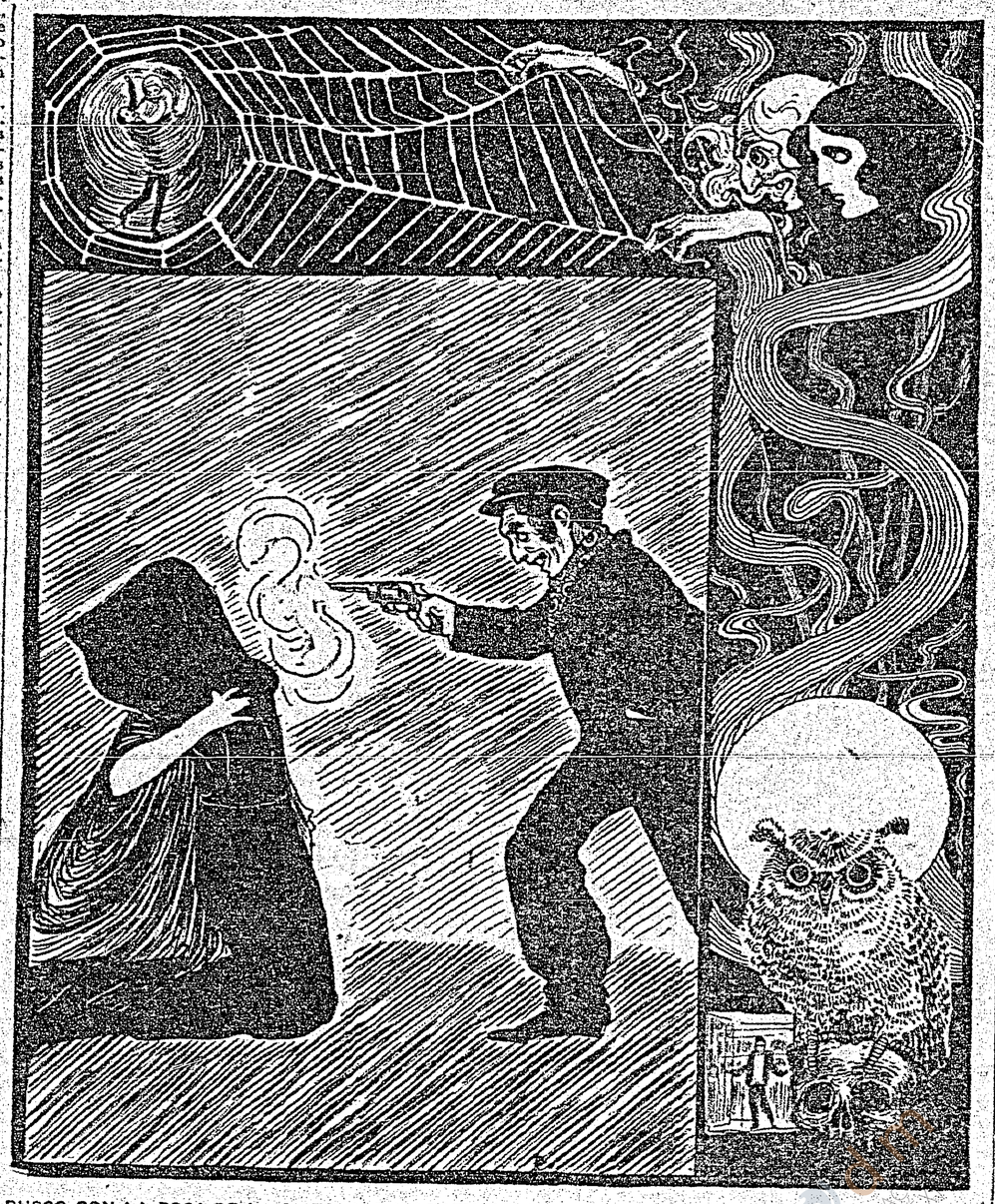
La bruja, arrugada, de ojillos malignos, que no podía atravesar la plaza del pueblo sin que los muchachos la persiguieran a pedradas, se quedó sola en su casucha de las afueras, ante la cual no pasaba nadie por la noche sin hacer la señal de la cruz. Pepet sacó a Marieta de aquel antro, satisfecho de tener como suya la mujer más hermosa del distrito.

¡Qué manera de vivir! Las buenas mujeres lo recordaban con escándalo. Bien se veía que el tal casamiento era por arte del Malo. Apenas si Pepet salía de su casa; olvidaba los campos, dejaba en libertad a los jornaleros, no quería apartarse ni un momento de su mujer, y las gentes, a través de la puerta entornada o por las ventanas siempre abiertas, sorprendían los abrazos; los veían persiguiéndose entre risotadas y caricias, en plena borrachera de felicidad, insultando con su hartura a todo el mundo. Aquello no era vivir como cristianos. Eran perros furiosos persiguiéndose con la sed de la pasión nunca extinguida. ¡Ah, la grandísima perdida! Ella y la madre le abrasaban las entrañas con sus bebidas.

Bien se veía en Pepet, cada vez más flaco, más amarillo, más pequeño, como un cirio que se derretía.

El médico del pueblo, único que se burlaba de brujas, bebedizos y de la credulidad de la gente, hablaba de separarles como único remedio. Pero los dos siguieron unidos; él cada vez más decaído y miserable; ella engordando, rozagante y soberbia, insultando a la murmuración con sus aires de soberana. Tuvieron un hijo, y dos meses después murió Pepet lentamente, como luz que se extingue, llamando a su mujer hasta el último momento, extendiendo hacia ella sus manos ansiosas.

¡La que se armó en el pueblo! Ya estaba allí el efecto de las malas bebidas. La vieja se encerró en su casucha temiendo a la gente; la hija no salió a la calle en algunas semanas y los vecinos oían sus lamentos. Por fin, algunas tardes, desafiando las miradas hostiles, fué con su niño al cementerio.



BUSCO CON LA BOCA DE LA PISTOLA EN AQUEL ENVOLTORIO NEGRO, DISPARANDO LOS DOS CANONES A LA VEZ.

Ilustrado por Carlos D. NEVE.

Al principio le tenía cierto miedo a Teulaí, el terrible cuñado, para el cual matar era ocupación de hombres, y que, indignado por la muerte del hermano, hablaba en la taberna de hacer pedazos a la mujer y a la bruja de la suegra. Pero hacía un mes que había desaparecido. Estaría con los roders en la montaña, o los negocios le habrían llevado al otro extremo de la provincia. Marieta se atrevió, por fin, a salir del pueblo; a ir a Valencia para sus compras... ¡Ah, la señora! ¡Qué importancia se daba con el dinero de su pobre marido! Tal vez buscaba que los señoritos la dijesen algo, viéndola tan guapetona...

Y zumbaba en todo el vagón el cuchicheo hostil; las miradas afilan a ella, pero Marieta abría sus ojazos imperiosos, sorbía aire ruidosamente con gesto de desprecio, y volvía a mirar los campos de algarrobos, los empolvados olivares, las blancas casas que huían trazando un círculo en torno del tren en marcha, mientras el horizonte inflamábase al contacto del sol, que se hundía entre espesos vellones de oro.

Detúvose el tren en una pequeña estación, y las mujeres que más habían hablado de Marieta, se apresuraron a bajar, echando por delante sus cestas y capazos.

Unas se quedaban en aquel pueblo y se despedían de las otras, de las vecinas de Marieta, que aun tenían que andar una hora para llegar a sus casas.

La hermosa viuda, con el niño en brazos y apoyando en la fuerte cadera la cesta de las compras, salió de la estación con paso lento. Quería que la adelantasen en el camino aquellas comadres hostiles; que la dejasen marchar sola, sin tener que sufrir el tormento de sus murmuraciones.

En las calles del pueblo, estrechas, tortuosas y de avanzados aleros, había poca luz. Las últimas casas extendíanse en dos filas a lo largo de la carretera. Más allá veíanse los campos que azuleaban con la llegada del crepúsculo, y a lo lejos, sobre la ancha y polvorienta faja del camino, marcábanse como un rosario de hormigas las mujeres que, con los fardos en la cabeza, marchaban hacia el inmediato pueblo, cuya torre asomaba tras una loma su montera de tejas barnizadas, brillantes con el último reflejo del sol.

Marieta, brava moza, sintió repentinamente cierta inquietud al verse sola en el camino. Este era muy largo, y cerraría la noche antes que llegase a su casa.

Sobre una puerta balanceábase el ramo de olivo empolvado y seco, indicador de una taberna. Bajo de él, y de espaldas al pueblo, estaba un hombre pequeño, apoyado en el quicio y con la manos en la faja.

Marieta se fijó en él... Si al volver la cabeza resultase que era su cuñado, ¡Dios mío, qué susto! Pero segura de que estaba muy lejos, siguió adelante, saboreando la cruel idea del encuentro, por lo mismo que lo creía imposible, temblando al pensar que fuese Teulaí el que estaba a la puerta de la taberna.

Pasó junto a él sin levantar los ojos.

—Buenas tardes, Marieta.

Era él... Y la viuda, ante la realidad, no experimentó la emoción de momentos antes. No podía dudar. Era Teulaí, el bárbaro de sonrisa traidora, que la miraba con aquellos ojos más molestos y crueles que sus palabras.

Contestó con un ¡hola! desmayado, y ella, tan grande, tan fuerte, sintió que las piernas le flaqueaban y hasta hizo un esfuerzo para que el niño no cayera de sus brazos.

Teulaí, sonreía socarronamente. No había por qué asustarse. ¿No eran parientes? Se alegraba del encuentro; la acompañaría al pueblo, y por el camino hablarían de algunos asuntos.

—Avant, avant—decía el hombrecillo.

Y la mocetona siguió tras él, sumisa como una oveja, formando rudo contraste aquella mujer grande, poderosa, de fuertes músculos, que parecía arrastrada por Teulaí, enteco, miserable y ruin, en el cual únicamente delataban el carácter los alfilerazos de extraña luz que despedían sus ojos. Marieta sabía de lo que era capaz. Hombres fuertes y valerosos habían caído vencidos por aquel mal bicho.

En la última casa del pueblo una vieja barría canturreando su portal.

—¡Bóna dóna, bóna dóna!—gritó Teulaí.

La buena mujer acudió, tirando la escoba. Era demasiado célebre el cuñado de Marieta en muchas leguas a la redonda, para no ser obedecido inmediatamente.

Cogió al niño de brazos de su cuñada, y, sin mirarlo, como si quisiera evitar un enternecimiento indigno de él, lo pasó a los brazos de la vieja, encargándole su cuidado... Era asunto de media hora: volverían pronto por él en cuanto terminasen cierto encargo.

Marieta rompió en sollozos y se abalanzó al niño para besarle. Pero su cuñado tiró de ella.

—Avant, avant.

Se hacía tarde.

Subyugada por el terror que inspiraba aquel hombrecillo venenoso a cuantos le rodeaban, siguió adelante, sin el niño y sin la cesta, mientras la vieja, santiguándose, se apresuraba a meterse en casa.

Apenas si se distinguían como puntos indecisos en el blanco camino las mujeres que marchaban al pueblo. Los pardos vapores del anochecer extendíanse a ras de los campos, la arboleda tomaba un tono de obscuro azul, y arriba, en el cielo, de color violeta, palpitaban las primeras estrellas.

Continuaron en silencio algunos minutos, hasta que Marieta se detuvo con una decisión inspirada por el miedo... Lo que tuviera que decirle lo mismo podía ser allí que en otra parte. Y la temblaban las piernas, balbuceaba y no se atrevía a alzar los ojos por no ver a su cuñado.

A los lejos sonaban chirridos de ruedas; voces prolongadas se llamaban a través de los campos, rasgando el silencioso ambiente del crepúsculo.

Marieta miraba con ansiedad el camino. Nadie. Estaban solos ella y su cuñado.

Este, siempre con su sonrisa infernal, hablaba con lentitud.... Lo que tenía que decirle era que rezase; y si sentía miedo podía echarse el delantal por la cara. A un hombre como él no le mataban un hermano impunemente.

Marieta se hizo atrás, con la expresión aterrada del que despierta en pleno peligro. Su imaginación, ofuscada por el miedo, había concebido antes de llegar allí las mayores brutalidades; palizas horrorosas, el cuerpo magullado, la cabellera arrancada, pero... ¡rezar y taparse la cara! ¡Morir! ¡Y tal enormidad dicha tan fríamente!...

Con palabra atropellada, temblando y suplicante, intentó enternecer a Teulaí. Todo era mentira de la gente. Había querido con el alma a su pobre hermano; le quería aún; si había muerto fué por no creerla a ella, a ella que no había tenido valor para ser esquiva y fría con un hombre tan enamorado.

Pero el valentón la escuchaba, acentuando cada vez más su sonrisa, que era ya una mueca.

—Calla, filla de la Bruixa.

Ella y su madre habían muerto al pobre Pepet. Todo el mundo lo sabía; le habían consumido con malas bebidas... Y si él la escuchaba ahora sería capaz de embrujarlo también. Pero no; él no caería como el tonto de su hermano.

Y para probar su firmeza de hiena, sin otro amor que el de la sangre, cogió con sus manos huesosas la cara de Marieta, la levantó para verla de más cerca, contemplando sin emoción las pálidas mejillas, los ojos negros y ardientes que brillaban tras las lágrimas.

—Bruixa... envenenadora.

Pequeñín y miserable en apariencia, abatió de un empujón a la buena moza; hizo caer de rodillas aquella soberbia máquina de dura carne, y retrocediendo, buscó algo en su faja.

Marieta estaba anonadada. Nadie en el camino. A lo lejos los mismos gritos, el mismo chirriar de ruedas: cantaban las ranas en una charca inmediata, en los ribazos alborotaban los grillos, y un perro aullaba lúgubremente allá en las últimas casas del pueblo. Los campos hundíanse en los vapores de la noche.

Al verse sola, al convencerse de que iba a morir, desapareció toda su arrogancia de buena moza; se sintió débil como cuando era niña y le pegaba su madre, y rompió en sollozos.

—Mátam, mátam—gimió echándose a la cara el negro delantal, enrollándolo en torno de su cabeza.

Teulaí se acercó a ella impasible con una pistola en la mano. Aún oyó la voz de su cuñada gimiendo a través de la negra tela con lamentos de niña, rogándole que la rematase pronto, que no la hiciese sufrir, intercalando sus súplicas entre fragmentos de oraciones que recitaba atropelladamente. Y como hombre experimentado buscó con la boca de la pistola en aquel envoltorio negro, disparando los dos cañones a la vez.

Entre el humo y los fogonazos vióse a Marieta erguirse como impulsada por un resorte y desplomarse con un pataleo de agonía que desordenó sus ropas.

En la masa negra e inerte quedaron al descubierto las blancas medias de seductora redondez, estremeciéndose con el último estertor.

Teulaí, tranquilo como hombre que a nadie teme y cuenta en último término con un refugio en la montaña, volvió al inmediato pueblo en busca de su sobrino, satisfecho de su hazaña.

Al tomar al pequeñuelo de brazos de la aterrada vieja, casi lloró.

—¡Pobret! ¡pobret meu!—dijo besándole.

Y su conciencia de tío inundábase de satisfacción, seguro de haber hecho por el pequeño una gran cosa.

Vicente BLASCO IBAREZ.

Las Grandes Familias

LOS BONAPARTE

París, octubre de 1913.—Tres príncipes llevan actualmente este nombre glorioso.

El príncipe Napoleón, jefe de la familia; el príncipe Luis, su hermano; y el príncipe Bonaparte, su primo. Ninguno de ellos ha tenido hijos, pero puede todavía esperarse que el nombre no se extinguirá, porque la princesa Clementina aguarda un alumbramiento.

Napoleón tenía razón para creer en la perpetuidad de su raza. Su matrimonio con Josefina fué, ciertamente, estéril; pero casado otra vez con María Luisa, ésta le dió al rey de Roma y en último caso, quedaban sus hermanos para suplirlo. Veamos cómo fracasaron estas legítimas esperanzas.

El mayor de los hermanos de Napoleón, José, que fué primero rey de Nápoles y después de España, no tuvo hijos de su matrimonio con la señorita Julie Clary, cuya hermana casó con Bernadotte y llegó a ser reina de Suecia. Tuvo dos hijas, Zenaida, que casó con su primo hermano Carlos Bonaparte, hijo de Luciano, y Carlota, que casó con otro primo, Napoleón Luis, y que no tuvieron herederos.

No es necesario recordar la triste suerte que cupo al rey de Roma, que ha hecho popular "l'Aiglon", una de las obras maestras de Edmond Rostand.

De la numerosa descendencia de Luciano, de su matrimonio con Cristina Boyer, que tuvo nueve hijos, de ellos cuatro varones, no queda sino un solo príncipe de apellido Bonaparte, el príncipe Rolando.

El príncipe Luis, que fué rey de Holanda, casó con la hijastra de Napoleón, Hortensia de Beauharnais, que tuvo tres hijos, de los cuales Luis Napoleón fué después Napoleón III, cuyo único hijo, el príncipe imperial, fué a morir lamentablemente al Transvaal, bajo las flechas de los zulúes.

Gerónimo, rey de Westfalia, dejó dos hijos: el príncipe Napoleón y la princesa Matilde, que casó con el príncipe Demidoff y no tuvo hijos.

Gerónimo fué el único de los hermanos de Napoleón que contrajo una alianza real. Casó con la princesa Catalina de Wurtemberg y su hijo, el príncipe Napoleón, entró legalmente en la gran familia por su matrimonio con la princesa Clotilde de Saboya. Su nieto, el príncipe Napoleón, casó con la princesa Clementina de Bélgica.

Estos tres matrimonios sucesivos en la misma rama de la familia Bonaparte, hacen del príncipe Napoleón el jefe actual de la familia, el pariente más o menos cercano de todas las casas soberanas, inclusive la de los Borbones.

Por los Wurtemberg, está emparentado con la mayor parte de las casas soberanas de Alemania; por la princesa Clotilde, es primo hermano del rey de Italia y de la duquesa de Aosta, nacida princesa Helena de Orleans, hermana del duque de Orleans, y primo de los demás príncipes de la casa real de Italia, sobre todo, del duque de Génova, casado con la princesa Isabel de Baviera. Es primo, además, de la reina viuda de Portugal, nacida princesa Amelia de Orleans, hermana también del duque, porque el rey Carlos de Portugal era hijo de la reina María Pía, hermana de la princesa Clotilde; el príncipe Napoleón es, pues, primo lejano del rey Manuel, que acaba de casar con la princesa Augusta Victoria de Hohenzollern.

El matrimonio de la hermana del príncipe Napoleón, la princesa Letitia, con su tío el duque de Aosta, del cual es viuda, estrecha más los vínculos de la casa Bonaparte con la casa de Italia.

Por su matrimonio con la princesa Clementina, el príncipe Napoleón viene a ser primo hermano del rey Alberto de Bélgica y de la reina Isabel, nacida duquesa en Baviera, de la duquesa de Vendome; primo de la princesa Isabel de Hohenzollern, cuñada del príncipe Fernando, heredero de Rumania; es, además, cuñado de la princesa Luisa y de la princesa Estefanía, que fué archiduquesa heredera de Austria, y cuya hija casó con un príncipe de Windisch-Gracta; viene a ser sobrino de la infortunada emperatriz Carlota, viuda del emperador Maximiliano de México, que era hermano del emperador Francisco José de Austria.

La princesa Clementina es nieta del rey Leopoldo I, que era un Saxe-Coburgo-Gotha, y este origen de la princesa nos lleva a Inglaterra, Portugal, Sajonia, Slevig-Holstein, España, Bulgaria, Rusia, por el matrimonio de la gran duquesa María con el duque de Edimburgo y por el del gran duque Cirilo con la princesa Victoria de Saxe-Coburgo, por el Czar con la emperatriz Alejandra-Feodororna, nacida princesa Alicia de Hesse, y nieta de la reina Victoria de Inglaterra. No hay que olvidar tampoco que la princesa Clementina es biznieta del rey Luis Felipe.

La casa Bonaparte es, pues, de la gran familia, aun de las más antiguas casas soberanas. Ha entrado, además, en Grecia, por el matrimonio de la princesa María, hija única del príncipe Bonaparte, con el príncipe Jorge, nieto del viejo rey Cristián de Dinamarca y cuya madre, la reina Olga, había nacido gran duquesa de Rusia.

A. FITZ-MAURICE.

Gedeón va de caza, llevando un despertador en la mano.

—¿Pero dónde vas con eso?

—Como no tengo perro llevo esto para que la caza se levante.

PLATO DEL DIA

SOUFFLE DE CHOCOLATE

Se ponen en una cacerola dos onzas de chocolate y un poco de agua, se derrite y en seguida se añade media cucharada de harina, un cuarterón de azúcar molida y cuatro yemas de huevo. Aparte se baten las claras a que queden como para turrón. Se mezcla después todo y se vierte en el molde, metiéndolo en seguida en el horno fuerte.

Cuando está en su punto se sirve muy caliente.

UNA MODA DIARIA

Ante la contagiosa alegría de los bailes y fiestas de Navidad y Año Nuevo, nuestras bellas lectoras se encontrarán indecisas en la elección de sus trajes. Un modelo, vaporoso y delicado como un ensueño de amor, es el que ahora presentamos.

Confeccionado en muselina de seda blanca, la falda está formada por volantes superpucatos sobre un fondo de satén blanco brochado, bordado por una ancha punta chantilly.

Una elegante túnica guarnecida por un galón plata acentúa el delicioso estilo del traje que, levantado en el frente, cae graciosamente en los costados. El cuerpo lo forma un fichú primorosamente drapeado sobre una camisola plegada, completando tan armonioso conjunto un par de lirios de Florencia, colocado uno en el busto y otro en mitad de la falda, y medio velado para las gasas de un volante.

ELIZABETH.

SHERLOCK HOLMES

POR A. CONAN DOYLE

FOLLETIN NUM. 29

tu deber,—dijo Holmes cuando entramos en nuestra habitación.—Aunque es muy fastidioso, Watson, necesito tener algún asunto entre manos, y éste parece de gran importancia, a juzgar por la impaciencia de nuestro hombre. ¡Hola! ¿Es la de usted esa pipa que está sobre la mesa? No. Se la debe de haber olvidado ese sujeto. De cerezo, con boquilla larga de eso que llaman ámbar los fumadores. Muy preocupado debía de estar ese sujeto cuando ha olvidado una pipa que aprecia mucho evidentemente.

—¿Cómo sabe usted que la aprecia tanto?—pregunté.

—¿Cómo? Pongamos que la pipa, nueva, vale siete chelines y seis peniques. Pues bien; como ve usted, ha sido compuesta dos veces, una en el cerezo y otra en el ámbar. Cada una de esas composturas, que se han hecho con aros de plata, ha costado indudablemente más de lo que vale la pipa. Mucho debe de apreciarla, pues, nuestro hombre, cuando prefiere componerla antes de comprar una nueva por el mismo dinero.

—¿Y nada más?—preguntó al ver que Holmes daba vueltas a la pipa y la contemplaba con su peculiar mirada pensativa.

Levantóla mi amigo y le dió un golpe con el índice largo y delgado, como un profesor que estuviera describiendo un hueso a sus alumnos.

—A veces las pipas son objetos interesantísimos,—dijo.—No hay nada que tenga más individualidad, excepto quizá los relojes y los lazos de los zapatos. Sin embargo, las indicaciones que ésta ofrece no son ni muy marcadas ni muy importantes. Es evidente que su dueño es hombre de buena musculatura, zurdo, con dentadura excelente, de costumbres descuidadas, y que no necesita hacer economías.

Mi amigo dijo esto como cosa de clavo pasado, pero vi que me miró de reojo para ver si yo había seguido su razonamiento.

—¿Cree usted que está en posición acomodada un hombre que fuma en pipa de siete chelines?—pregunté yo.

—Esto es tabaco de Grosvenor, que se vende a ocho peniques la onza,—respondió Holmes, echándose un poco en la palma de la mano.—Como por la mitad de ese precio podía obtener un tabaco excelente, deduzco que no tiene necesidad de hacer economías.

—¿Y las demás deducciones?

—Acostumbra a encender la pipa en lámparas y mecheros de gas. Fíjese usted en que está casi completamente quemada por un lado. Una cerilla no ha podido hacer esto, desde luego. ¿Para qué iba un hombre a aplicar una cerilla a uno de los lados de la pipa? Pero no puede usted encenderla en una lámpara sin que el recipiente se queme por fuera. Y como la quemadura está en el lado derecho de la pipa, colijo que se trata de un zurdo. Acerque usted la pipa a la lámpara, y como usted no es zurdo, verá usted que pone a la luz el lado izquierdo. Podrá usted hacerlo alguna vez del otro modo, pero no siempre. Esta pipa se ha sostenido siempre con la izquierda. Además, su dueño casi ha atravesado el ámbar con los dientes, lo cual prueba que es un individuo fuerte y robusto, y que posee una buena hilera de incisivos. Pero, si no me equivoco, le oigo en la escalera, de modo que muy pronto tendremos que estudiar algo más interesante que la pipa.

Al cabo de un instante se abrió la puerta, y entró en la habitación un joven alto, bien vestido, aunque sin exageración, con terno gris y sombrero flojo, que llevaba en la mano. Yo le hubiera echado unos treinta años, aunque en realidad contaba algunos más.

—Perdóneme,—dijo con cierto embarazo.—Creo que he debido llamar. Sí; desde luego he debido llamar. Pero el hecho es que estoy algo trastornado, y no sé lo que me hago.

Pasóse la mano por la frente como hombre medio deslumbrado, y después se dejó caer desplomado casi sobre una butaca.

—Veo que no ha dormido usted desde hace una o dos noches,—dijo Holmes con su peculiar y genial soltura.—Eso pone a prueba los nervios más que el trabajo, y hasta más que el placer. ¿Puedo preguntar a usted en qué puedo servirle?

—Necesito sus consejos, caballero. No sé qué hacer. Mi vida entera parece haberse desquiciado.

—¿Necesita usted mis servicios como policía consultor?

—No solamente eso. Necesito su opinión de usted como hombre sensato, como hombre de mundo. Lo primero que quiero saber es cómo he de obrar. Espero que podrá usted decírmelo.

Hablaba ásperamente y a borbotones, y me parecía que hasta el hablar le era penoso, pero que su voluntad sobrepujaba a sus impulsos.

—Es un caso delicadísimo,—dijo.—No es agradable hablar con un desconocido de asuntos domésticos. Es horrible el discutir la conducta de la esposa de uno con dos hombres a quienes no se ha visto nunca. Es horroroso tener que hacerlo. Pero ya no puedo más, y necesito que me aconseje.

—Querido señor Grant Munro.....—empezó a decir Holmes.

Nuestro visitante se puso en pie de un salto, exclamando:

—¿Cómo? ¿Sabe usted mi nombre?

—Si quiere usted conservar el incógnito,—dijo Holmes sonriendo,—le aconsejo que no escriba su nombre en el forro del sombrero, o que no lo vuelva hacia la persona a quien se dirige usted. Iba a decir a usted que mi amigo y yo hemos oído en esta habitación secretos muy raros, y que hemos tenido la suerte de proporcionar la tranquilidad a muchos espíritus abatidos. Creo que con usted nos sucederá otro tanto. ¿Puedo rogarle, puesto que parece que el tiempo apremia, que me exponga su asunto sin más dilaciones?

Nuestro visitante se pasó de nuevo la mano por la frente como si el hablar le costara gran trabajo. Por todos sus gestos y ademanes pude ver que era un hombre reservado, con cierto destello de orgullo, y más amigo de ocultar sus heridas, que de ponerlas de manifiesto. Después, de repente, con altivo movimiento de la crispada mano, como el que desecha toda reserva, comenzó de esta suerte:

—Los hechos son éstos, Mr. Holmes. Soy casado desde hace tres años. Durante este tiempo mi mujer y yo nos hemos querido muchísimo y hemos vivido más felices que nadie. No ha existido entre nosotros la menor discrepancia, ni en palabras ni en hechos. Y ahora, desde el lunes pasado, se ha alzado una barrera entre nosotros, y he podido ver que en su vida y en sus pensamientos hay algo que ignoro yo tanto como si se tratara de una mujer que pasa rozándome por la calle. Estamos distanciados moralmente, y necesito saber por qué.

"Pues bien; ahora quiero decirle a usted una cosa, antes de pasar adelante, Mr. Holmes. Efie me ama. Estoy completamente convencido de ello, me ama con toda su alma, y nunca me ha querido más que ahora. Lo sé, lo siento. Un hombre comprende muy bien cuando le quiere una mujer. Pero existe un secreto entre nosotros y hasta que se ponga en claro no volveremos a ser los mismos de antes.

—Le ruego a usted que me exponga los hechos, Mr. Munro,—le dijo Holmes con cierta impaciencia.

—"Le diré a usted lo que sé acerca de la historia de Effie. Cuando la conocí era viuda, aunque muy joven, pues sólo contaba veinticinco años. Se llamaba entonces Mrs. Hebron. Siendo muy niña fué a América y vivió en la ciudad de Atlanta, en donde se casó con Mr. Hebron, que era un abogado de bastante clientela. Tuvo un solo hijo; pero se presentó en la ciudad la fiebre amarilla, y de ella murieron el marido y el hijo. He visto sus partidas de defunción. Esto la hizo aborrecer a América, y volvió a Inglaterra para vivir con una tía soltera en Pinner, del Middlesex. Puedo añadir que su marido la dejó en bastante buena posición, y que tenía un capital de unas cuatro mil quinientas libras, el cual había sido tan bien colocado por él, que rentaba un siete por ciento. No llevaba más que seis meses en Pinner cuando yo la conocí. Nos enamoramos, y nos casamos pocas semanas después.

"Yo soy comerciante, y como tengo una renta de setecientas u ochocientas libras, vivíamos con bastante desahogo, y teníamos una preciosa quinta en Norbury, por la que pagábamos ochenta libras anuales. Para estar tan cerca de la ciudad, el lugar en que vivíamos está muy poco habitado. Hacia el norte hay una posada y dos casas, y en el campo de frente a nuestra casa hay sólo una casita; excepto estos edificios, no hay otros hasta llegar a la mitad del camino de la estación. Mi negocio me llevaba a la ciudad en ciertas temporadas, pero en verano tenía poco que hacer, y entonces mi mujer y yo éramos en casa todo lo felices que podíamos desear. Ya he dicho a ustedes que no hubo la menor sombra de disgusto entre nosotros hasta que comenzó este maldito asunto.

"Antes de pasar adelante debo decir a usted una cosa. Cuando nos casamos, mi mujer me entregó toda su fortuna, casi contra mi voluntad, porque comprendí lo triste que sería nuestro porvenir si mi negocio marchaba mal. Sin embargo, ella lo quiso, y así se hizo. Pues bien; hace unas seis semanas me dijo mi esposa:

—"Jack, cuando tomaste mi capital, me dijiste que si necesitaba yo dinero te lo pidiera.

—"Es cierto,—le respondí;—todo es tuyo.

—"Pues bien,—me dijo;— necesito cien libras.

"Me quedé algo sorprendido al oirla, pues había imaginado que lo que quería era un vestido nuevo u otra cosa por el estilo.

—"¿Para qué diantre?.....—pregunté.

"—¡Oh—!me dijo con dificultad.—Me dijiste que no eras más que mi banquero y los banqueros no hacen preguntas, ¿sabes?